

Las 7 Maravillas

del mundo

Michel Laporte



EDITEX

Introducción

No es de extrañar que los Antiguos intentaran determinar cuáles eran las obras humanas de las que pudieran sentirse más orgullosos. El clasificar, tratar de saber lo que más nos gusta e intentar comprender las razones de esta preferencia, es una reacción natural.

Por lo tanto, no hay que sorprenderse de que se estableciera una lista de las Maravillas del mundo relativamente pronto. De hecho, tan pronto como les fue posible a los viajeros moverse a su antojo o casi, y comparar los diversos monumentos susceptibles de figurar en ella.

Encontramos una primera clasificación provisional en los textos de ese antepasado de los trotamundos que fue Herodoto. Pero, en la época en la que escribía le fue imposible hacer figurar en ella monumentos de la lista “oficial” que hemos heredado de los autores de la Antigüedad. El motivo, muy simple, es que aún no estaban contruidos. En realidad, Herodoto¹ solo tuvo la posibilidad material de ver únicamente cuatro de ellos: la Gran Pirámide de Giza, los Jardines Colgantes

¹ Viajero griego (entorno a 484-425 a.C.), nacido en Halicarnaso. Visitó los países de la cuenca mediterránea de los que dejó una descripción. De su viaje a Egipto, hacia 450, trajo una multitud de informaciones sobre el país y sus habitantes.

de Babilonia, el Templo de Artemisa en Éfeso y la Estatua de Zeus en Olimpia que fue acabada poco tiempo antes de su muerte. Las otras tres quedaban por ser inventadas...

Fue cosa hecha en el siglo posterior en el caso de la tumba de Mausolo de Halicarnaso, y en el siglo III a. C. en el de la Estatua de Helios, en Rodas, y del Faro de Alejandría que fueron creados más o menos en la misma época.

Hubo entonces un breve período –unos treinta años quizás– durante el cual el viajero tenía la posibilidad de hacerse una idea de las Siete Maravillas contemplándolas con sus propios ojos. Es probable que la lista se cerrara tal y como la conocemos hoy durante esa época. Otra maravilla del mundo antiguo, aunque cierto es que de un tipo menos espectacular, se encontraba entonces en pleno apogeo: la Biblioteca de Alejandría. ¿Acaso no fue allí donde uno de los numerosos sabios que trabajaban en su interior comenzó a anotar sobre un trozo de pergamino: “Entre los diversos monumentos capaces de suscitar admiración, existen siete que, por varias razones, hay que situar por encima de todos ellos...”?

Esta época de coexistencia conoció su fin con el terremoto que derribó al Coloso de Rodas. A partir de 226 a. C. (o 224), las Siete Maravillas ya no eran más que seis. Una de ellas ya había comenzado a no vivir más que en el recuerdo y la imaginación de los hombres.

Hoy en día, solamente la Pirámide ha resistido los ultrajes del tiempo y de los hombres. Todas las demás

maravillas, en una época o en otra, se han reunido con el Coloso en el reino de las ruinas... Pero, al igual que él, permanecen vivas puesto que todavía fascinan y enardecen las imaginaciones.

Aquí os presentamos su historia. Que cada cual haga su elección para escoger a su preferida. Que cada cual la reconstruya, la restaure, tal y como era en la época de su esplendor o bien completamente diferente, no importa. Lo importante es que son la llave de un país fabuloso donde se mezclan la historia y el sueño.

¡Bienvenidos al país de las maravillas!

1

La Gran Pirámide de Giza



De las Siete Maravillas del mundo antiguo, es la veterana, la más antigua. Ella es la que ha resultado ser más sólida. Construida entorno a 2560 a. C. sigue en pie, fiel a su puesto, mientras que las otras seis, sin embargo mucho más recientes, han desaparecido. Y cuando la vemos, alzada con orgullo, sobre la llanura de El Cairo, en compañía de sus dos vecinas más pequeñas y de la Esfinge, no podemos dejar de pensar que con cuarenta y cinco siglos y medio es cuando una pirámide está en su mejor momento.

Goza de una inmensa notoriedad –seguramente no exista nadie que no la conozca– y sigue apasionando a sabios y enamorados de la civilización faraónica. Muy posible sería, en realidad, que aún no haya desvelado todos sus secretos.

Lo que sí es cierto, es que muchos arqueólogos sueñan con descubrir un documento como el que nos disponemos a leer unos párrafos más abajo. Lo encontré recientemente encima de un mueble muy alto, en un trastero al que nadie se acerca desde hace mucho tiempo. Seguramente estaba allí desde hace medio siglo. Se trata de un cuadernillo de tapa gris no muy agraciado. Pertenecía a mi tío abuelo, Próspero, que ha dejado en la familia la reputación de ser un individuo muy sabio pero completamente estrambótico.

Según parece, este tío pasó una temporada en Egipto, justo después de la guerra. En Giza, descubrió una estela donde figuraba, grabado con jeroglíficos, un texto que tradujo y retranscribió fielmente. Al menos, eso es lo que afirma él. Inscribió este original egipcio en las páginas de la izquierda de su cuadernillo. En frente, anotó sus observaciones. Éste es el contenido del cuadernillo tal y como lo encontré (para mayor comodidad, he incluido los comentarios del tío Próspero en cursiva):

Yo, Hermiunu, hijo de Nefermaat, he mandado escribir esto para que mis hijos y mis hijas y los hijos y las hijas de mis hijos y mis hijas puedan leerlo cuando yo ya no esté aquí para contárselo.

Aquel día, mi señor, el señor muy poderoso de la doble corona, mi muy noble primo Khufu, me mandó llamar a su casa. Allí, me recibió entre sus servidores como a su propio hermano y me dijo:

—Hermano, deseo que a partir de mañana mismo te pongas manos a la obra y construyas una tumba para mí.

Me incliné ante mi señor y respondí:

—Muy noble señor mío, así será según tu voluntad.

Segundo rey de la IVª dinastía, Khufu es mucho más conocido bajo el nombre de Keops o Cheops, nombre que le fue asignado veintitrés siglos tras su muerte por el historiador greco-egipcio Manetón. Los egiptólogos están más o menos de acuerdo en situar el reino de Khufu entre 2590 y 2565.

Nefermaat, padre de Hemiunu, al que Manetón bautizó como Hemón en griego, había sido el visir de Snefru, padre de Khufu. A su vez, Hermiunu, quien fue maestro de obras de la Gran Pirámide, fue visir del rey. Al parecer era también su primo, o su tío.

El reino de Khufu permanece lleno de sombras. Y, hecho bastante curioso para un rey que mandó construir el monumento más célebre del mundo, no queda casi nada de él. Nunca se ha encontrado su momia ni nada que le hubiese pertenecido. A lo sumo, una minúscula estatua de marfil con su representación que mide nueve tristes centímetros de altura. Aparece vestido con el taparrabos y tocado con la corona roja del Bajo Egipto. Se conserva en el museo de El Cairo.

De Hemiunu, contamos también con una estatua, descubierta en su tumba cercana a la pirámide. La podemos ver en el museo de Hildesheim, en Alemania.

Pregunté a mi señor cómo quería que fuera construida su tumba, en la que viviría por los siglos de los siglos. Le pregunté si deseaba una tumba semejante a la de nuestros antepasados y mi señor me respondió:

—¡Obra más bien siguiendo el espíritu y la forma en que el divino Imhotep diseñó las últimas moradas de nuestro glorioso antepasado el Horus Neterijet!

—Así será según tu voluntad, noble señor. Tomaré como modelo las tumbas edificadas para el Horus Merkare y el Horus Khaba en Meidum de forma que el monumento de eternidad de Su Majestad será muy semejante.

Entonces mi señor me respondió que deseaba una tumba cuyas pendientes fuesen perfectamente rectas, mayor que todo lo hasta ahora jamás construido y mayor que lo que jamás se construirá. Y me preguntó si yo era capaz de construirla para él.

Entonces me incliné ante mi señor y le contesté:

—Su Majestad puede confiar en mí. Tu casa de eternidad será exactamente tal y como la deseas.

Y el señor me dio su bendición y me puse manos a la obra.

Las primeras sepulturas monumentales egipcias han recibido, tardíamente, el nombre árabe de mastabas. Este

término designa los bancos de piedra que encontramos delante de las casas y describe bastante correctamente la forma rectangular, baja y plana de las tumbas primitivas. Bajo estas mastabas era donde se cavaban los pozos y las cámaras funerarias para alojar los restos mortales de los personajes importantes del país.

Más tarde, apareció un arquitecto que se hizo famoso, Imhotep, del que posteriormente se dijo que era el hijo de Ptah, el dios de la sabiduría. Para el faraón de aquella época imaginó la construcción de lo que llamamos una pirámide escalonada, combinando quizás varias mastabas. Este faraón que Hemiunu llama Horus Neterijet es mucho más conocido con el nombre de Djoser o Djeser. Reinó durante una fecha imprecisa entre 2700 y 2650 a. C.

La pirámide escalonada, que como su propio nombre indica cuenta con grandes escalones en los lados, evoca los zigurats de Mesopotamia. Ignoramos si Imhotep se inspiró de ellos.

Las pirámides de Meidum son lo que llamamos pirámides romboidales, siendo el rombo una figura geométrica sin ángulos rectos. Concretamente, son muy fáciles de reconocer debido a que sus aristas son líneas cortadas. Los dos reyes en cuestión son los dos últimos de la IIIª dinastía, Mesocris (como lo llama Manetón) y su sucesor Huny (el Horus Khaba), que habría reinado durante veinticuatro años, es decir, de 2649 a 2625 a. C.

Es preciso señalar que Snefru también se hizo construir una pirámide del mismo tipo, y otras dos bastante parecidas al estilo de lo que llamamos pirámide perfecta (aristas perfectamente rectilíneas), pero en Dashur.

Para mis hijos y los hijos de mis hijos, he querido dejar constancia por escrito algunas de las técnicas que utilicé para edificar la obra que deseaba mi señor. Así, a su vez, sabrán cómo proceder si su señor les manda obrar para él. No obstante, no he escrito algunos procedimientos. Los recibí por boca de mi padre, bendita sea su memoria, y juré entonces no desvelarlo a nadie más que no perteneciera a su linaje. De modo que mi hijo lo oirá de mi boca y su hijo de la de su padre.

Para los demás, aquí explico cómo procedí.

Sobre la llanura donde, por común acuerdo con Su Majestad, decidimos que se levantaría el monumento, delimitamos un amplio espacio. Para acelerar el trabajo, decidí utilizar una colina pedregosa que se encontraba allí. Sirvió como una suerte de corazón rocoso alrededor del cual llevé a cabo la construcción. Alrededor de esta colina, mi primer empeño consistió en obtener un terreno plano y liso susceptible de ofrecer una base estable para la edificación. Recordad esto, hijos míos que construiréis tras de mí, si construimos sobre una base desigual, corremos el riesgo de que la obra se derrumbe.

Así es como conviene proceder. Ya sabéis que la superficie del agua permanece siempre perfectamente horizontal. Para nivelar un espacio importante, basta con cavar una red de zanjas espaciadas de forma regular e inundarlas. Después, mondad el fondo de las zanjas de manera que se encuentre por todas partes a la misma distancia de la superficie. Después, evacuada el agua y

allanad todo lo que se encuentra entre las zanjas (piedras, tierra, grava y arena).

Para la medición y señalización de los lados, procedí según me enseñó mi padre de viva voz. Él mismo lo aprendió de su padre quien lo aprendió del divino Imhotep, quien lo aprendió de su padre Ptah.

A pesar de que el procedimiento señalado por Hemiunu es eficaz, tuvo que ser, sin embargo, bastante complejo de aplicar sobre un espacio tan amplio. La pirámide cubre una superficie ligeramente superior a 53.900 metros cuadrados, es decir, el equivalente a un poco más de diez campos donde se juega al fútbol o al rugby.

En cuanto a las mediciones, el arquitecto exagera un poco: seguramente no hay ningún misterio y probablemente se efectuaron mediante cuerdas de fibra de bambú. No obstante, son de una precisión asombrosa teniendo en cuenta que esas cuerdas tienen una molesta tendencia a estirarse, lo cual no es muy óptimo para la precisión de los resultados. Los cuatro costados de la base miden respectivamente: al norte, 230,253 metros; al este, 230,391 metros; al sur, 230,454 metros; al oeste, 230,357 metros. Por lo tanto, existen 201 milímetros de diferencia como máximo entre los lados, es decir, ¡menos del 1 por 1000 de error! Esta precisión es aún más impresionante porque, debido al bloque rocoso central, era imposible medir las medianas y diagonales. Para gente que no disponía de los sistemas decimal ni métrico, los cuales, hemos de recordar, facilitan considerablemente los cálculos, el resultado es admirable. Más aún cuando

los ángulos rectos, también, son casi perfectos. El error máximo que recogemos con nuestros instrumentos modernos es de ¡tres minutos! Es decir, una vigésima parte de grado o, lo que es lo mismo, una mil octingentésima de error. ¡Todo ello sin brújula!

En cuanto a la manera en que los hombres transportaron los bloques de piedra y los levantaron hasta la parte superior del monumento que he construido para mi señor, si mis hijos desean conocerla, que abran los ojos y miren a su alrededor cómo se hace en todas partes. No lo he realizado de otro modo y no me extenderé, pues, sobre el método con el que lo he hecho.

Es una gran pena que Hemiunu no explique cómo se apilaron las enormes cantidades de bloques de piedra que constituyen la pirámide ya que, si bien sus descendientes lo sabían, nosotros lo ignoramos. ¡Enorme es la palabra más adecuada! Porque, si su cantidad es gigantesca, los propios bloques también lo son. Los más ligeros pesan 2 toneladas, el peso de un gran coche, y los más pesados ¡siete veces y medio más! En cuanto a su número, son unos dos millones trescientos mil, más o menos. Cuentan que si se recortaran en bloques cúbicos de 30 centímetros de lado, podrían formar una línea de 28.000 kilómetros de largo. Napoleón, por su parte, durante su campaña en Egipto, calculó que la Gran Pirámide contenía suficientes piedras como para construir un muro de 3 metros de alto y 30 centímetros de ancho alrededor de toda Francia. ¡Como para volver claustrofóbica a toda una población!

Entonces, ¿cómo hicieron los constructores antiguos para levantar tales bloques hasta alturas tan vertiginosas? Porque la pirámide mide aún actualmente 135 metros de altura, pero es que originalmente tenía 10 más. Fue el monumento más alto del mundo hasta que la flecha de una catedral la sobrepasara, en una fecha muy reciente para ella. Así que, esos enormes bloques de piedra, ¿cómo se han podido subir sin poleas, ni aparejos, ni ningún instrumento elevador, puesto que los egipcios disponían únicamente, como herramienta de manipulación, de rodillos y palancas? Y aún así, hay que recordar que las palancas no eran de hierro y que, por lo que respecta a los rodillos, se trataba de banales troncos de árbol. Y resulta que los árboles, en Egipto, nunca han sido ni muy gordos ni muy numerosos. Por ello, solo había pequeños rodillos en un número muy limitado.

Se ha hablado de rampas. Algunos sabios se inclinan por dos rampas que habrían rodeado la edificación a medida que la construcción avanzaba. Otros, creen en una rampa única, que subía en línea recta a través del desierto. El inconveniente de esta segunda solución, reside en las prodigiosas dimensiones que tendría que haber tenido la rampa cuando los constructores llegaran cerca de la cumbre. ¡Algo así como un kilómetro y medio de largo! Resulta difícil creer que pudieran manejar tal masa de tierra con simples palas de madera... En cuanto a las rampas que rodean la construcción, también habrían requerido una cantidad de trabajo colosal. Otra dificultad reside en el número de

obreros necesarios para transportar los bloques. Diodoro de Sicilia pretendía que trescientos sesenta mil obreros trabajaron en la construcción de la Gran Pirámide y esto, durante veinte años. Pero estas cifras son irrealistas ya que significarían que prácticamente todos los hombres válidos del país se hubieran dedicado a la obra, abandonando sus campos. Nos preguntamos qué habrían comido estos pobres hombres durante todo ese tiempo. Además, ¡los atascos sobre las rampas en cuestión habrían sido indescriptibles!

De hecho, esta es la mayor objeción que se puede aportar a la utilización de una rampa o de varias: habría resultado muy difícil, incluso imposible, que accediera a ella un número importante de obreros al mismo tiempo.

En realidad, la respuesta que no aporta Hemiunu quizás haya que buscarla en Herodoto, quien describió la manera en que fue erigida la pirámide. Al menos, ha redactado fielmente lo que le han dicho al respecto. Explica que fue construida apilando las piedras las unas sobre las otras en forma de escalera, ampliando el edificio desde su base a medida que se le iba dando altura. “Se levantaron las piedras por medio de máquinas construidas con trozos de madera cortos,” dice el sabio. “Se alzaba el bloque del suelo hasta la altura del primero. Se colocaba entonces sobre una nueva máquina que se situaba sobre este primer escalón. Esta máquina subía el bloque hasta la altura de la segunda grada. Allí, se colocaba sobre una tercera máquina, y así sucesivamente.”

Es perfectamente posible que, también en esta ocasión, se merezca su sobrenombre de “padre de la Historia”. Ya que,

pensándolo bien, esta idea de utilizar palancas¹ se tiene más en pie que lo que parece a primera vista. Sobre todo si recordamos lo que antaño dijo Arquímedes²: “¡dadme un punto de apoyo y levantaré el mundo!”

Mi señor el soberano de la doble corona me hizo el honor de venir a la llanura para ver la progresión de las obras. Me dijo:

—Hermano mío, he venido con toda mi casa para ver con mis propios ojos cómo avanza el trabajo.

Me incliné ante él y respondí:

—Como Su Alteza puede constatar, hemos llegado al término de la construcción propiamente dicha. Ya no queda más que colocar el paramento de bloques de caliza extraída de las canteras de Tura.

En la actualidad, la pirámide tiene una superficie desigual y muy granulosa pero, en su estado original, vista desde lejos, parecía tallada en un único bloque de piedra fina y lisa de dimensiones prodigiosas. Podemos hacernos una ligera idea de la apariencia que presentaba si observamos la cúspide de la pirámide de Kefrén, su vecina, y la extrapolamos.

¹ Desde la época en que escribió el tío Próspero, un egiptólogo británico, Peter Hodges, ha demostrado que gracias a palancas, dos hombres eran capaces de desplazar un bloque de 2 toneladas de peso.

² Sabio (287-212 a. C.) nacido en Siracusa, uno de los más grandes de la Antigüedad. Le debemos, en particular, el principio que lleva su nombre: “todo cuerpo sumergido en un fluido experimenta un empuje vertical y hacia arriba...”

El conjunto del paramento fue arrancado y utilizado, durante la Edad Media, para construir la cercana ciudad. Todas las bellezas de El Cairo medieval, las viejas casas, las antiguas mezquitas, son fruto del pillaje del que ha sido víctima la pirámide.

Para concluir este mensaje destinado a mi descendencia y a la descendencia de mi descendencia, yo, Hemiunu, declaro solemnemente que en el interior de la tumba edificada por mí, para mi señor y primo, el soberano de la doble corona, no se encuentra nada susceptible de excitar la codicia ni la envidia de ninguna persona. Quienquiera pose la vista sobre aquello que no le está destinado ha de saber que este monumento constituye la morada de eternidad de mi señor. Que lejos de albergar tesoros tal y como un espíritu débil pudiera pensar, esta edificación construida por mí no está llena más que de una inmensa esperanza y de la muy fuerte amistad que une eternamente un pueblo a su rey.

Hemiunu no se equivocaba al prever que el contenido de la pirámide avivaría la codicia. En cambio, seguramente mentía al afirmar que no contenía nada valioso. Los faraones no se hacían enterrar sin llevarse una parte de sus riquezas terrenales que habrían de servirles en el más allá. Por lo tanto, debía de haber mobiliario, vajilla, máscaras, estatuas, sarcófagos valiosos y una cantidad de objetos varios de oro.

Al-Mamun, hijo del famoso califa de Bagdad, Harun Al-Rashid, soñaba con un tesoro de ese calibre. Para apoderarse del oro del que, según la leyenda, rebosaba la pirámide, mandó horadar el pasadizo que aún podemos ver en el costado, el “túnel de Al-Mamun”. No hace falta precisar que fue en vano, ya que el tesoro, si es que lo hubo, había desaparecido desde hacía seguramente milenios...

Otros han tratado de buscar otro tipo de tesoro al querer ver en la pirámide una suma o un resumen de las creencias mágicas de la época, puesto que para ellos los antiguos egipcios eran magos sin igual. Nos cuesta imaginar cuán lejos han llegado algunas teorías emitidas. ¿No se ha llegado acaso a escribir, por ejemplo, que las medidas de la pirámide permiten descubrir la fecha exacta de la creación del mundo (¡el 22 de octubre de 4004!) ¡o la del estallido de la Primera Guerra Mundial!

En mi opinión, el tesoro de la pirámide reside en su belleza, su grandeza, su misterio, y sobre todo en la inmensa corriente de curiosidad y simpatía que hace brotar por aquellos que la edificaron. Constituye un auténtico lazo de unión entre los hombres de ayer, de hoy y de mañana. En este sentido también es como la Gran Pirámide de Kufu merece ese vocablo que le habían regalado los Antiguos de Maravilla del mundo.

P.D. Una tía mía muy anciana, que he visto recientemente, me afirma rotundamente que el tío Próspero nunca pisó Egipto. Según ella, temía tanto sufrir mareos en el mar que ni siquiera se habría atrevido a montarse en un barco para un paseo por el Sena. “Así

que,” me dijo mi tía, muy segura de lo que decía, “atravesar el Mediterráneo ¡no le pega nada!” A raíz de esto, empiezo a dudar de la autenticidad del texto de Hemiunu. Quizás, el tío Próspero lo inventó pura y simplemente. Lo que sí es seguro, en cambio, es que conocía perfectamente el tema y que, suponiendo que él es el autor, todo tiene una perfecta veracidad, al igual que sus sagaces comentarios.